

YO SOY TÚ

ISBN: 978-9974-xxxxxxxxxxxxxxxxXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

© Rumbo Editorial
Tel. 23360565 - 094 392 773
rumboeditorial@gmail.com
Montevideo - Uruguay

Fotografía de tapa: XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Laura Furest Lucas

YO SOY TÚ

Dedicado a todos los niños del mundo, en especial a mi hijo Mauricio, con la esperanza de que cuando sean grandes y quieran leer estos cuentos, los juicios hayan cesado.

Agradezco:

a mis padres Adémar y Rosa, por haber cultivado en mí la empatía y los valores que me han hecho quien soy

a Humberto, mi compañero incondicional que alienta todos mis impulsos, por locos que parezcan

a Yisel, que creyó en mí y ha hecho posible este libro

y a todos los que me impulsaron a mostrar esta veta creadora que hasta ahora era muy íntima.

INTRODUCCIÓN

“Yo soy tú” es el nombre que elegí para titular este intento de libro con cuentos cortos y algún poema infiltrado.

La escritura ha sido, en el correr de mis años, la compañera más fiel y sincera de la que me he valido para expresar mis convulsionados pensamientos.

Dejar pasar un hecho cotidiano, de los que vivimos todos, es un titánico esfuerzo y cuando no logro liberar mi mente de estas preocupaciones, es solo en el papel donde consigo decantar mis angustias u obsesiones.

“Yo soy tú” o “In lak ’ech”, saludo maya de Amor Incondicional, llegó a mi vida para resonar y hermanar todas esas ideas desperdigadas que tenía por ahí, que atribulaban mis escrituras y permitió el darme cuenta de que esa era la verdad que estaba buscando.

¿Por qué no lograba dejar pasar hechos y realidades tan mundanas y tan comunes que terminamos catalogando de “normales”?

Y ahí estaba la respuesta: Yo soy tú y tú eres yo.

Esta especie de empatía, esta conexión con escenarios supuestamente ajenos, es en realidad la conciencia, hasta hace poco inconsciente, de que todos formamos un solo ser, único, gigantesco, sublime.

Con mis cuentos, intento abordar algunos contextos, que, tomados a la ligera, solemos juzgar.

Pero en ellos busco exactamente lo contrario, ejercité y los invito a hacerlo a quienes me lean, la observación de distintas situaciones buscando ser consciente de ese único ser al que todos pertenecemos y abordando las historias con la mayor aceptación y flexibilización posibles. Anhelando, que llegue el día en que se acaben los juicios.

Al comienzo les hablaba de poemas infiltrados...

Sí, infiltrados con la única intención de dejarme conocer un poco más. De compartir esos versos que salieron de mi interior como melodía dictada, no sé

por quién, no sé por qué, pero que considero son parte inseparable de mí. Desde pequeña siento que la poesía es indispensable, pero al decir de Jean Cocteau, “no sabría decir para qué.”

Con todo mi cariño van estas líneas que ahora son tuyas, sí, de ti que tienes entre las manos este libro y gracias a tu lectura, este objeto inanimado cobrará vida en tu vida, y yo, seré no lo que escribo, sino lo que sientas al leer.

Laura

ELLA

¿Qué sería de ella?
Sin todas sus guerras
Sin sus epopeyas

¿Sería tan dura?
¿Sería tan ella?
¿No será que el tiempo
la ha tornado bella?

No bella en su rostro
con marcadas huellas
sino bella el alma
bella su presencia.

¿Qué sería de ella?
Sin todas sus guerras
Sin sus epopeyas.

IARA

Iara, viuda, sesentona, aunque el tiempo no ha sido benévolo con su físico ni con otras cosas del camino.

Hay dos formas de mirarla.

De la puerta de su casa para afuera, una sumisa, pequeña y apocada mujer que tuvo dos hijos de su único conocido hombre y amor. Amor que pasado los primeros años de matrimonio tuvo que ser compartido con la vecina del barrio. Otra viuda, en ese entonces, más alegre, más activa, que conquistó el cuerpo, el corazón y tiempo de Julián, su marido, marido que compitió por más de veinte años con la de la esquina.

Desde esa perspectiva, una mujer herida en su más profundo orgullo, una madre que luchaba y acompañaba a sus hijos inventando una familia que, de verdad, tenía poco y de ficción demasiado.

De la puerta de su casa para adentro, Iara, la señora de Julián. La esposa ideal que cocina, cuida la casa, ama a los niños y espera con paciencia las migajas del

amor que sobran tras dividir. Para los suyos, un ejemplo de mujer, una dama, una madre con mayúsculas y una esposa.

Pasan los años, los meses, los días y esta vida fracturada es toda la realidad de Iara.

Eso es, eso acepta, a eso juega.

Pasan los años y a Julián lo atrapa la muerte que en cámara lenta lo lleva.

Ahora es suyo, no lo comparte, solo ella cuida y vela sus últimos días.

Julián muere.

Al velorio concurren conocidos, clientes, familiares, hijos, nietos, Iara, pero no la vecina.

El tiempo se encarga de lo que se encarga el tiempo cuando alguien muere.

Hoy, Iara es la viuda, la viuda de Julián.

La rodean sus dos hijos y cuatro nietos.

Ella, renueva la fachada de su casa como mostrándole al mundo que en su interior algo renace.

¿Su integridad, tal vez?

¿Su amor propio?

Hay dos formas de mirarla.

La vida es una moneda: todo depende qué cara quede al descubierto.

EL REGRESO

Miércoles. Como el miércoles pasado, el de la semana anterior y tantos otros.

Se levanta, va a ducharse, como cada día, como cada mañana, como rutina impensada que se ejecuta al ritmo ya ensayado.

Sus manos recorren el cuerpo con la automatización de siempre.

Alto.

Un retroceso vuelve su mano sobre ese lugar del que no se preocupa hace mucho.

Ahí está.

Lo que fue un fantasma extirpado y liquidado ha vuelto a protagonizar el día.

Su mente intenta ignorarlo, pero no es de los que se ignora.

El agua que recorre su cuerpo, ahora se siente fría, muy fría, helada.

No es el agua, es su sangre.

Como autómatas continúa su rutina, pero la razón no encuentra razón. Sus pensamientos quedaron en la

ducha, en su mano, en ese lugar del que no se preocupaba hace mucho.

Retoma el tortuoso camino conocido y transitado tiempo atrás: consultas, estudios, más consultas, más estudios y la espera agónica de resultados que ojalá no llegaran jamás.

Ahí está.

Es ese viejo conocido al que enfrentó y creyó vencer hace algún tiempo.

Ahí está. Desafiándola, provocándola, invitándola a la lucha otra vez.

Han pasado días, tal vez semanas, pero su razón continúa sin encontrar razón. Aún permanecen en la ducha de aquel miércoles sus pensamientos.

Desde afuera le sugieren, le preguntan, le aconsejan.

La invaden.

¿Quién decide el camino a seguir?

Solo ella.

Ella sola.

¿Y el camino es solo uno?

Embarcarse en la lucha otra vez, atravesar tormentas, tifones, noches negras y con suerte reencontrar la luz del día.

Embarcarse en una balsa sin dar lucha y dejar que
la marea la lleve lentamente a un sereno atardecer.

¿Quién decide el camino a seguir?

Solo ella.

Ella sola.

EL PODER DEL SILENCIO

Ya no recuerda cuánto ha pasado desde la última llamada. El silencio del teléfono ensordece su cordura.

Está claro que comparte su presencia con alguien que desconoce. Recuerda en sus ojos la estela de aquella a quien vio antes, estela que ahora es sombra, oscura amenaza.

Todo cierra, todo encaja.

El aparente cansancio de las noches al volver, los olvidos reiterados de objetos en el trabajo, las excusas no creíbles para salir o arribar.

Todo encaja.

Ella piensa. No. Ella siente.

Siente que lo ha perdido, que la engaña, que ha violado su confianza y la entrega de una vida.

Ella siente.

Ahora piensa.

Piensa que está con otra, que la mira como solía hacerlo, cuando hace un tiempo no había sombras en su retina. Piensa que con palabras construyen bases para

sus vidas y excluyen de ellas toda presencia que opaque su nuevo amor.

Ahora siente.

Siente la soledad que está presente y llegó para quedarse cuando él deje de dividirse y la elija.

¿Siente o piensa?

¿Qué sentido tendrá vivir sin él y su compañía?

¿Y si libera el camino?

¿Y si renuncia a esta herida?

Vivir sin él no está en su proyección de futuro.

Que todo cierre.

Con total seguridad prepara su desenlace. La decisión ya tomada, hacen el trámite rápido y ya con todo dispuesto para quitarse la vida, toma un lápiz y un papel donde despide sus días.

El tintinear de las llaves interrumpe su ritual de despedida.

Es él.

—¡Hola amor! ¿Estás bien? Me tenías preocupado.

Ella lo mira como quien ve un espectro y el sonido de su voz retorna los sentidos a su cuerpo.

—Hace horas que te llamo y no respondes, pero veo que me preocupé en vano.

Camina, lo abraza, lo besa.
Ella toma el celular.
Está apagado.

NOCHE

¿Por qué la noche me sigue
y ennegrece mis anhelos?
¿Por qué a su lado me estanco
y hasta rechazo el consuelo?
Consuelo que no comprende
al igual que mis adentros
cuál es el motivo, el qué
de este doloroso duelo.

¿Por qué la noche me sigue
y de un zarpazo aparece,
interrumpiendo mis días
tapando lo que resplandece?
Luces que en mi lento andar
acompañan mi camino
pero cuando ella ataca
las olvido, las reprimo.

TÚ:

No permitas que la noche
robe de mí lo esencial
que comprenda siempre a tiempo
que la vida no da igual.

CELIA

Celia, divorciada, dos hijos, hace tiempo que traspasó los cuarenta.

Media vida dedicada a la familia, a los niños y al trabajo que le da un buen pasar y satisface su vocación laboral.

Una vida acatando el qué dirán y aquellas expectativas de unos padres, ahora ancianos, que cada vez dicen más y hacen menos.

Sus hijos, ya adultos encaminados, comienzan a hacer su vida y van dejando un espacio de sus días, más vacío, más abierto, más incierto.

Desde el liberador divorcio, su corazón se mantiene congelado por opción. El trabajo, los hijos y el mal recuerdo favorecen esa decisión.

Al parecer, su futuro se limita a trabajar y viajar.

Sus rutinas son la regla que mantiene el camino entre límites añejos, tal vez impuestos, ahora suyos.

Pero un día, en el trabajo, una agradable tibieza comienza a templar su alma. Conoce a alguien que, con su risa, trastoca toda razón y acelera sus latidos.

Celia se paraliza. Intenta de cualquier forma controlar esos impulsos que desdibujan las reglas que la mantenían sobria.

Lo intenta, lo niega, lo disfraza.

Pero por más que insista, su corazón descongela y da lugar a este juego que el destino le presenta.

Se rinde, se entrega, lo disfruta.

Se rinde en silencio, se entrega a escondidas, lo disfruta con gran culpa.

Nunca pudo vivir sin transparencia porque vivir encubierta es un calvario.

Ya no puede guardar el sentimiento porque vivirlo en plenitud es su deseo.

Con sus hijos piensa romper el silencio para aliviar la carga y dispuesta a lo que sea, los convoca a su casa.

Es el día.

Ya no hay retorno.

Con un café los espera, en esa mesa que tantas otras charlas guarda y hoy será la testigo, por lo menos de una más.

Es el día.

En un ensueño se queda. El corazón le dicta su nombre, su nombre que con ilusión dibuja en la servilleta blanca

Lucía

OBITUARIO

Lecturas, curiosidad, ganas de devorar el mundo, fueron impulsos centrales para su elección de vida. No existía duda alguna de que el periodismo podría completar su ser y hacer del mismo, su forma de vivir y transcurrir.

Con el ímpetu que la juventud le daba, Luis destacó en Facultad.

Un futuro promisorio, auguraban profesores y orgullosa la familia se sentía.

El mercado laboral de sencillo tiene poco y de buscar y buscar, al fin encontró trabajo en un periódico importante.

Los años fueron pasando y en esa oficina oscura, las tareas marchitaban su creatividad y ganas. La necesidad le impedía renunciar.

Pero todo tiene un límite y el suyo llegó al fin.

A la sección de obituarios, sin preguntas, sin consultas, designaron su labor que ya deslucida estaba.

Es el colmo.

¿De qué sirve escribir un obituario de aquel que vivió la vida contada en vivo y directo con sus idas y venidas?

¿De qué sirve escribir un obituario de famosos, ricos, divas? Si todo el mundo conoce de sus mediáticas vidas.

¿Y el obituario de Juan, de María, de Pepito?

Las preguntas lo asaltaban y cuestionaban sus días.

¿Quién va a escribir sobre Juan que a los diez años fue padre de sus hermanos menores? Menores que ahora adultos sollozan sobre una tumba y se preguntan por qué y se preguntan qué hacer, y se preguntan...

Quién va a escribir de María que creció como princesa, que soñó con ser estrella y la vida la encontró, encerrada en una casa criando cinco pequeños. Pequeños que aún pequeños observan su cuerpo inerte y se preguntan qué pasa y se preguntan qué es muerte, y se preguntan

Y el obituario de él, al que llamaban Pepito. ¿Qué obituario le escribimos si ni su nombre sabemos? En la placita vivía, de las limosnas del barrio. Su techo era el cielo abierto, su cama el asfalto negro. Asfalto que hoy lo amanece sin pulso, sin latidos, sin destino.

Pepito sale en la prensa, en la que escribe obituarios. Aunque el suyo es diferente.

No cuenta sus nobles obras, no cuenta su soledad. Su obituario es singular, solo define “indigente”.

Indigente, pordiosero, desamparado, infeliz; adjetivos que definen los días de nuestro Luis.

Sin pensarlo y sin hablar, su solución lo asalta y deja sobre la mesa, la carta con que descansa.

SERENIDAD

Sereno se torna el mar
después de una gran tormenta.

Sereno se puede estar
con el alma somnolienta.

Sereno está ahora mi ser
gozando una vida lenta
que disfruta de crecer
como cuando el sol calienta.

Sereno es mi día a día
después de una gran tormenta.

Sereno mi corazón
como cuando el sol sosiega.

SU ELECCIÓN

De elecciones está hecho el camino.
El tuyo, el mío, el de ella.

Ella, conocida por mil nombres, en realidad uno solo la bautiza: Isabel.

Veintisiete son los años que ha vivido.

Diecinueve representa su presencia.

Trece, su antigüedad en el rubro.

Medio siglo, la experiencia acumulada.

Para Isabel la elección, fue muy fácil de asumir.
Con solo catorce años comenzó a recaudar.

Familia trabajadora, clase media, patriarcal, dos hermanos, una casa y todo para estudiar.

Al liceo la enviaban con la confianza de siempre, los muchachos la miraban mucho más de lo normal.

De tonta no tenía nada y de audaz, demasiado.

La primera fue una apuesta, la segunda diversión y cuando el tiempo pasó, no quedaba marcha atrás porque fue su elección. Su cuerpo vende a quien quiere,

selecciona su postor y disfruta beneficios por dinero y sin amor.

Para la familia, Isabel trabaja de secretaria, gana muy bien, es feliz, en las fiestas los visita y comparten lindas charlas. Para Isabel la familia, es una isla de paz. Vacaciones que se toma cuando aburrida está.

Su elección siempre es la misma.
Día a día la reafirma.

De elección está hecho el camino.
El tuyo, el mío, el de ella.
El tuyo, ¿es el correcto?
El mío, ¿es el derecho?

No existen caminos rectos, solo sinuosos, falseados.
¿Y el de ella?
El de ella es Su camino, Su elección y Su destino.

LA COMPAÑERA

José está solo.

La soledad lo acompaña desde sus primeros años.

No aprendía ni a escribir, cuando a trabajar salió.

Rodeado de mucha gente, de la calle, los vecinos, los hermanos y hasta de su propia madre; la soledad era lo único real.

Nadie puede vivir solo para siempre.

Viviendo y sobreviviendo en el camino encontró, la compañía más fiel, la que mejor lo entendía, la que preguntas no hacía.

A los ojos de la gente, su vida era normal. Familia, trabajo, hijos y anécdotas para contar.

Los años fueron pasando, su soledad no se iba, disimulaba su apego a su más fiel compañía.

La familia se desgrana, los hijos hacen su vida, el trabajo se termina.

Todos lo aman, admiran, lo valoran, necesitan.
Él sigue sintiéndose solo sin vislumbrar la salida.
Su compañera lo absorbe, lo aliena, lo secuestra.
Esa que no hace preguntas, lo adormece, lo consuela.

Pero le miente, les esconde, se lo lleva.

Su familia lo requiere, pero compite con ella.
Ella es más vieja, más cauta, sigilosa y egoísta.

José está solo.

Aislado por la bebida, esa desleal competencia para hijos y familia.

Su vida se va apagando y aquellos quienes lo aman, claudican a su presencia, porque no pueden vencerla.

MATERNIDAD

María.

Su nombre, inevitablemente tradicional y religioso ha marcado su vida desde temprana edad.

Por necesidad o elección, su pasión y cercanía con lo familiar fueron sus más reconocidas características.

Una niña-mujer que dedicó su infancia a cumplir el rol materno con hermanos, amigos y hasta con sus propios padres.

Desde su seudoniñez saltó al mundo adulto, sin darse oportunidad de cuestionar reglas y mucho menos romperlas.

Pensativa, melancólica, preocupada, desfásada en sus intereses y acciones con los de su propia edad.

Exigente, autocrítica, implacable consigo misma, maternal con los demás.

Tal vez, en su inconsciente se sentía la elegida, la amada por Dios, designada como amante retórica para ser madre de todos.

Y en ese sendero encaminó su vida.

Su vida recta, su vida amable, su vida que era la vida que otros querían para ella y que ella creía querer también.

Pero no existen caminos rectos ni de sencillo andar.

Los años fueron pasando y cuando al fin era suya la decisión de ser madre, el camino se empedró.

Piedras, curvas, empinadas serranías, ríos, lagunas y océanos para cruzar.

Para su suerte, sí era la elegida. La elegida de él, que no se llama José, pero es su compañero como el José carpintero de aquella otra María.

Incondicional compañero.

Y el camino se hizo largo, se hizo duro, estrecho.

Estrechez que ensancharon juntos, dureza que ablandaron lágrimas, largura que se hizo corta cuando al llegar, miraron hacia atrás y aún estaban juntos, fuertes, golpeados pero juntos.

Así que el día llegó.

El hijo llegó.

Los caminos no fueron los recorridos por todos. Su vientre no albergó vida. Sus genes no dejaron huellas. Pero su hijo llegó para completar sus días.

Los años siguen pasando, María y su compañero viviendo el rol que tanto soñaron.

Su hijo es apenas niño y día a día comprueban que la familia lo es todo, que la familia se teje y que las metas se alcanzan al despuntar nuestra estrella.

María es madre, lo fue y lo será por siempre.

Y como toda madre sus anhelos se limitan a la felicidad de su hijo y que éste se transforme en una buena persona. Toca el cielo con las manos cuando a su hijo adjetivan y al preguntar si es feliz, con sonrisa le responde “Sí mamá” Con miradas le asegura, “sigue así, tu misión está cumplida”.

NUESTRO ENCUENTRO

El tiempo es limitado,
las palabras cortas,
el espacio estrecho,
la energía eterna.

El tiempo es limitado,
para disfrutar de tu presencia,
para estar cuanto deseo a tu lado.

Las palabras cortas,
para describir lo que te quiero,
para plasmar con ellas lo que siento.

El espacio estrecho
para jugar junto a tu ser
que invade hasta el último rincón del universo.

La energía eterna
para agradecer tu llegada a mi vida
para gritar a los cuatro vientos que soy tuya y eres mío
desde el día en que Dios te envió a nuestro encuentro.

DESENFRENO

Con personalidad marcada, por sus genes, por su historia, porque sí; comenzó su deambular fuera de casa a tempranísima edad.

Decidida o caprichosa, alegre o buena actriz.

Madura, madura como fruto cosechado antes de tiempo y sazonado a la fuerza.

Así era ella cuando a los quince decidió por cuenta propia y complicidad con él, traer un hijo a este mundo.

Al comienzo fue una fiesta, bienvenidas, alegrías, pero al pasar de los meses la realidad vislumbró.

Tres años tenía el niño cuando sola se encontró. Sin compañero, sin guía, sin su única fortaleza familiar personificada en su abuela, quien de esta vida se fue. Naufragando en los mares de esos días, con su hijo como único motor, se encontró con un remanso, un oasis, un hombre que los cobijó. Se aferró a este señor que solo amor proclamaba, que por ella y por su niño velaba.

Él se transformó en su todo. Su esposo, su compañero, el padre para su hijo, su cómplice apasionado, su dueño. Ahora sí era Señora. Construyó familia, casa, carrera y seguridad. Prestigio profesional, más hijos, estabilidad financiera y siempre su poseedor detrás.

Los años fueron transcurriendo y su interior silenciando.

Silenciando a aquella chica de tan solo quince años que aún permanecía viva, acallada, disfrazada.

La gratitud, la seguridad, la lealtad hacia ese presente, frenaron y enlentecieron sus ansias de libertad.

Pero no existe tal rienda que frene tanto deseo. La voluntad de ser libre, de reír y de gozar.

Al comienzo fue con culpa, al final animosidad. Serle infiel era un juego, solo un juego y nada más.

Su adolescente gritaba, transgredía, provocaba. Hasta que un día, la fachada desmorona y entre terremotos y huracanes abandona su hogar.

A un lado del camino quedan familia y amigos.

En la vereda de enfrente, corre ella, juega ella, vive ella.

Ella y su libertad.

FRUSTRACIÓN

Camina lento, como en trance, la mirada en lontananza, pero no en lo físico, sino en el tiempo.

Es Alberto. Jubilado, divorciado, solitario.

Viene de verla a ella, su amor de hace cuarenta años a la que no desposó por juventud, inmadurez o solo miedo.

Ella, que hoy lo mira y no reconoce en sus ojos a alguien de sus recuerdos. Ella que está atrapada en su demencia senil y no conecta sentidos, no habla, apenas camina y no sabemos qué siente y no sabemos si siente.

Pero él siente por ambos. Siente el dolor de su ausencia, la de ahora y la de antes.

Siente que no hay tiempo ya para decir su verdad, para confesar su huida.

Siente, cual si fuera hoy, el dolor punzante que atravesó su hombría, aquella noche de marzo cuando de novia la vio. Cuando de inmaculado blanco con otro ella se casó.

Ambos hicieron familias por caminos separados. Ella con quien se jugó, por tradición y valores que en su entorno valían.

Él, con quien respetó sus tiempos, más lentos, más aplomados, menos apasionados.

Casas, carreras, hijos, prestigio; todo lo lograron ambos.

Ambos por separado.

¿Qué lo ha hecho volver después de cuarenta años?

Ella lo miró a los ojos, con inocencia de niña.

Él buscó en su mirada aquel amor que vive dentro de ellos, que vivió y vivirá, pero jamás se sabrá.

EL CAMINO ES TUYO

Hace tiempo extraño tu presencia
tu dinámica, tu atropello.

Hace tiempo que te siento lejos
fuera, o tal vez dentro.

Sé que esta lejanía no es más que un cautiverio
cautiverio de tu ser
en un cuerpo que encierra tu verdad.

Si pudiera liberarte
si pudiera hacer más rápido el adiós
si estuviera en mí romper la jaula
lo haría sin remordimientos.

Puedes irte, si de mí depende,
seguir el camino que jamás debiste abandonar.

Eres libre, intempestiva, luchadora,
no puedes permanecer más entre este cerco
que limita la llegada de tu hora.

Hace tiempo que extraño tu presencia,
pero tu amor enseñado
incluye la libertad.

No te quiero aquí a mi lado
por decir que estás ahí

Ya no estás.
Yo estoy bien.

El camino es tuyo...

Más tarde te seguiré.

LA DECISIÓN

Son las diez de la mañana.

Las alertas se suceden cada vez con más frecuencia.

El cansancio se acentúa después de una noche en vela por incipientes dolores físicos y conocidos dolores de alma.

Ya es la hora. Sola, con su historia y su conciencia llega en taxi al hospital.

La reciben con premura y la atienden con indiferente profesionalismo.

Aún falta un último esfuerzo.

Se dibuja el sol en el cenit cuando ingresa a una pulcra y sobria habitación donde la esperan personas a las que solo ojos logra ver. Las indicaciones son concretas, directas, frías.

Cinco minutos pasaron y el silencio sepulcral de aquella sala, es roto por el más fuerte llanto de un niño, un niño varón que sin temer sale al mundo.

Lo escucha, no lo ve.

La ternura del cachorro recién nacido descongela los corazones del personal y lo miran y lo miman y lo abrigan.

Ella aún, con aquellos físicos dolores que no pueden compararse con el dolor de su ser, solo escucha, escucha su apgar, su talla, su peso. El llanto se desvanece al recorrer un pasillo que lo aleja en esa madre artificial, incubadora que abraza aquel pequeñito ser, que lo aleja de ella y lo acerca a su destino.

El trabajo de la naturaleza y de quienes la asisten sigue su curso con total normalidad.

Nadie juzga, nadie opina. Ella, con su incapacidad, su imposibilidad o su simple no querer, tenía todo tramitado con anterioridad. Es lo correcto, se dice.

Con su ausencia ha de vivir, cuestionando su accionar, pero con la convicción de que, con otros, el futuro de ese niño sería mejor. Por responsabilidad y amor, lo entregó en adopción.

El sol está en el cenit, pero unos años después.

De su entorno se recluye.

Y nadie sabe por qué.

EL DADO

Distinguida Señora.

Abnegada Madre.

Católica.

Solidaria.

Hipócrita.

Real.

Seis títulos se ha forjado Lía.

Casada desde muy joven con su único reconocido amor, comenzó a coleccionar sus títulos y el de “Señora” obtuvo. Con el mandato oficial que la sociedad le impuso, dos hijos, trajo a este mundo y en “Madre” se convirtió. Señora, Madre y “Católica” completaban su currículum al concurrir a la iglesia con regularidad y esmero. Miembro de una fundación nombrada, que con orgullo aceptó. Su papel de “Solidaria” al mundo le demostró.

Hasta ahora vamos cuatro: cuatro títulos, cuatro facetas, cuatro caras; pero aún nos faltan dos. Las dos caras que no vemos.

La “hipócrita”, que en la antigua Grecia le llamarían, “actriz”, adjetivo que hoy se explica al develar lo anterior. Esa señora que vemos no es más que simple mujer, esclava de su marido, de sus insultos y gritos que cual felpudo la trata y por supuesto desprecia.

Madre abnegada se dice, pero quienes son sus hijos, imploran por su atención, su cariño, su ternura, su mirada, comprensión.

El título de católica y de solidario ser, no son más que otros cuadros de su espléndida actuación.

A la iglesia va a rezar para solicitar ayuda, para escapar por un rato de su triste realidad.

A veces pide perdón, perdón por ser tan fingida, por mostrar a una mujer que no existe en realidad, que es pura contradicción entre su decir y obrar.

Solidaria con lo ajeno porque propio ya no hay nada, ni siquiera dignidad.

Cinco caras se han nombrado, pero en realidad son seis.

¿En qué parte del camino se ha perdido?

¿Dónde está esa sexta cara? La que llamamos “Real”.

¿Será la que está cubierta y no se deja mostrar?

Lía merece otra chance

hay que volver a lanzar.

LA VERDAD QUE TRAJO EL VIENTO

Que los años son sinónimos de edad
es un juego de la razón y el tiempo
pero el mundo nos esconde una verdad
que buscando, la destapa el viento.

Ella era una segura mujer
que en su andar por la vida
dejando huellas pasaba.
Ella era una mujer segura
que a la vida, con su paso marcaba.

Años fueron transcurriendo
y a mediados del camino
sus huellas fuerzas perdiendo,
se achicaron sus pisadas
iban desapareciendo.

Es su muerte, decían algunos
es su mente, otros repetían

el tiempo le ha robado la razón
los racionales creían.

Nada es cierto
ella lo sabía.

El tiempo destapó su velo
y a la verdad la llevó.
No era fuerte, ni segura, ni mujer.
Era una niña cautiva
a la que el mundo embaucó.

Ahora tiene muchos años
pero su edad es temprana
solo busca que la cuiden
que la miren tal cual es.
Es una niña indefensa
cansada de actuar de grande
que busca solo cariño
y amor que la acompañe.

Que los años son sinónimos de edad
es un juego
al que yo no juego más.

EL PUZLE

Corrían los años sesenta y con ellos corría el mundo.

Revoluciones, protestas, mujeres emancipadas, globalización creciente de culturas, formas y modos.

Ese era el mundo cuando aquellos chicos, entre risas, fiestas y más risas vivían en un pueblo aún muy conservador. Transgredir era la norma para aquella juventud.

Y transgrediendo, formaban grupos de amigos, con un concepto liviano de lo que es la amistad. Con la misma liviandad, se formaban las parejas. Unas seguían, otras rompían o en amigos concluían.

Eran los años sesenta y en el bullicio nació un varoncito que al mundo, venir, no pidió.

Su madre, una guerrera.

No alcanzaba a las dos décadas cuando a su hijo parió. Parió como paren todas, pero el dolor no cesó

al terminar de parir. Tuvo que parirlo al mundo. A sus padres, su familia, sus amigos y a su honor.

Ser una madre soltera era un estigma de horror.

Pero, ¿qué hace una guerrera?

Con lo poco que tenía una coraza se armó. Coraza para su hijo, para ella y su dignidad.

Peleó tormentas, cruzó desiertos y hasta en el fango nadó, pero a su hijo amado, jamás nada le faltó.

Nada que puedas comprar, nada que puedas vender, aunque el puzzle de ese niño de una pieza careció.

Faltó un padre, un compañero, un sostén, quién sabe qué.

Hoy el puzzle sigue firme, con medio siglo cumplido y al presente terminado.

Esa pieza que faltó y se llamó abandono, hoy es presencia en la imagen de otro varón que llegó.

Abandonado varón que el primer niño adoptó.

Abandonados los dos, compartiendo un solo amor, completando aquel puzzle, el vacío se llenó.

OJALÁ

Se detiene el tiempo.
Un pequeño paso destapa el silencio
de una vida entera sin ver lo visible
sin tocar aquello
que tantas personas dicen imposible.

¿Será que es la hora?
En inmóvil gesto se queda su ser
y espera respuestas
que tal vez vendrán
o en nuevas preguntas se convertirán.

¿Se detiene el tiempo?
O comienza otro, que disperse al viento
esos sentimientos que por dentro están.

Que vean la luz.
Que lleguen al mar.
Que cubran la tierra.
Que aprendan a amar.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
ELLA	15
IARA.....	16
EL REGRESO	19
EL PODER DEL SILENCIO.....	22
NOCHE.....	25
CELIA	27
OBITUARIO	30
SERENIDAD	33
SU ELECCIÓN	34
LA COMPAÑERA	36
MATERNIDAD	38
NUESTRO ENCUENTRO.....	41

DESENFRENO	42
FRUSTRACIÓN.....	44
EL CAMINO ES TUYO	46
LA DECISIÓN.....	48
EL DADO	50
LA VERDAD QUE TRAJO EL VIENTO	53
EL PUZLE.....	55
OJALÁ.....	57

